

En el principio estaba Arquíloco

Nota y traducción de Pablo Ingberg

En el principio (*arkhê*) estaba Arquíloco, el poeta lírico griego más antiguo del que haya noticia. De su obra se conoce apenas algo más de un centenar de fragmentos, y de su vida se conoce aún menos, puesto que prácticamente todos los datos sobre ella derivan directa o indirectamente de sus propios versos. Nació en la isla de Paros durante el siglo VII a.C., se ganó el pan como mercenario, luchó en Tasos contra tribus tracias, los sayos entre ellas. Los temas de su lírica muestran rastros de las epopeyas homéricas llevados a la miniatura, a la ampliación significativa de lo que en la épica era detalle, pero su modo de ver las cosas es completamente distinto, por momentos más bien opuesto, como lo demuestra el primero de los fragmentos aquí traducidos. Existía en la antigua Grecia un insulto gravísimo que significaba “arroja-escudo” (*rhípsaspis*), y cuenta la tradición que las madres espartanas despedían a sus hijos que marchaban a la guerra con estas palabras: “con él o sobre él” (con el escudo en el brazo o cadáver transportado sobre el escudo). El poeta y mercenario Arquíloco, con un sentido del humor impensable en la épica, se presenta a sí mismo antiheroicamente, haciendo honor a nuestro dicho: “soldado que huye (abandonando su escudo) sirve para otra guerra”, o para otro poema (seis siglos más tarde, Horacio imitaría estos versos de uno de sus maestros griegos para recordar su propio fracaso como soldado en la batalla de Filipo). Pero esa irrupción del yo lírico en la poesía no llega siempre para Arquíloco de la mano del humor. El otro fragmento que se acompaña, uno de los pocos suyos conservados que dan la idea de poema completo, sigue la huella de varias “consolaciones” desparramadas a lo largo de las epopeyas de Homero. Ha muerto gente en un naufragio, y el yo lírico consuela a un amigo por la pérdida de seres muy queridos. Lo hace mediante una construcción de estructura muy precisa: introducción al tema del dolor y a su causa en este caso particular, reflexión moral sobre el tema, exhortación final a la entereza. He aquí, pues, estos dos cantos rodados que yacen en el fondo de la fuente de la lírica occidental.

Fragmento 6 D

Tomó mi escudo un sayo, cuando junto a una mata
el arma irreprochable dejé aunque a mi pesar;
pero yo me salvé. Qué me importa ese escudo.
Que se pierda; uno nuevo no peor compraré.

Fragmento 7 D

Nuestro llanto, Pericles, ninguno en la ciudad
habrá de reprocharlo gozando en una fiesta;
porque a tales una ola del fragoroso mar
sumergió, y así hinchados de dolor los pulmones
tenemos. Mas los dioses para males sin cura
impusieron, amigo, la fuerte resistencia
por remedio; a unos y otros les toca; hoy a nosotros
han llegado, y lloramos una herida sangrienta,
que después irá a otros; pero rápidamente
resistid, desdeñando las quejas mujeriles.